

en orden a una mayor concisión, podrían haberse evitado muchas repeticiones, pero también es verdad que en un libro tan extenso como éste, con tanta variedad temática, se agradece a veces la reiteración para retomar el cauce del argumento principal.

ÁNGEL URBÁN  
Universidad de Córdoba

CORRIENTE, Federico; FERRANDO, Ignacio, *Diccionario avanzado árabe* (Barcelona: Herder, 2005, 2ª edición), VIII+1326 pp. ISBN: 84-254-2287-6

Al finalizar la década de los ochenta del pasado siglo XX se vivieron momentos alentadores para la enseñanza y estudio de la lengua árabe en la universidad española. La presencia del Profesor Federico Corriente al frente de una cátedra en el Departamento de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Complutense de Madrid parecía anunciar que la curiosa marginación que la lengua árabe sufría en el ámbito del arabismo universitario español iba a pasar al recuerdo. Marginación llamo al escaso número de investigaciones (artículos especializados, monografías, manuales, tesis doctorales) en torno a la lengua árabe, su enseñanza o la historia de la lingüística, que por aquel entonces habían dedicado los arabistas españoles, muy en contraste tanto con la atención que la lengua árabe ha suscitado en las sociedades árabo-islámicas tradicionales, como con la que a otras lenguas (latín, alemán, francés) suelen dedicar las áreas filológicas respectivas. Pero la esperanza de un cambio inminente se frustró por razones que algún historiógrafo del arabismo español tal vez llegue a desvelar. El Profesor Federico Corriente, modelo de lingüista, maestro, profesor e investigador donde los haya, no tardó en dejar aquella cátedra, y lo que se aventuraba como cambio inminente hubo de esperar unos años o bien se desvaneció. Su labor impulsora no se vio afortunadamente interrumpida en lo que respecta a la investigación; de ello son buena prueba no solo su propia obra desde entonces, sino la labor de sus discípulos más o menos directos, tanto en los ámbitos en lo que el Profesor Corriente viene edificando su obra, como en otros aledaños. En cuanto a la enseñanza del árabe, otra ha sido la historia, y aquí sí creo que puede hablarse de un daño causado por unas circunstancias que desconozco y que motivaron la interrupción del magisterio del Profesor Corriente en la Universidad Complutense, desde donde podría haber ejercido una influencia eficaz

para que el estudio de la lengua árabe alcanzara una posición aventajada entre los intereses del arabismo.

Un episodio del que pude ser testigo en la frustración de aquel «falso amanecer» (por decirlo con la expresión del hadiz que luego retomó Naguib Mahfuz) fue el relativo al esfuerzo que el Profesor Corriente hizo por impulsar la enseñanza, el aprendizaje y el estudio del léxico del árabe. Aquel final de la década de los ochenta era mal momento para ello. Por aquel entonces se demostraba una y otra vez que eran amplios los campos del arabismo universitario español donde se podía investigar sin depender sustancialmente de fuentes y documentos en lengua árabe, en ninguna de las variedades de ésta. A ello venían a unirse, desde fuera de los ámbitos estrictamente académicos, un estructuralismo mal entendido y una pésima digestión de los avances en didáctica del inglés, que llevaron a la difusión de la idea de que se puede aprender árabe por procedimientos exclusivamente lúdicos. Y el resultado es que los esfuerzos del Profesor Corriente encontraron una respuesta poco favorable por parte de algunos sectores implicados en el proceso de la docencia del árabe, entre quienes se diría que no resultaba descabellada la idea de que se podía también saber árabe sin conocer el árabe.

Casi dos décadas antes de esto que relato con la parquedad que exige mi desconocimiento de muchos de los pormenores de aquellos malaventurados episodios, el Instituto Hispano-Árabe de Cultura había publicado la primera edición de este diccionario, que venía a cubrir una necesidad acuciante del arabismo español; necesidad que desde luego no habían podido resolver los escasos vocabularios previos, como el que sabemos que, a finales del siglo XVI, realizó Diego de Urrea para sus estudiantes (cf. M. García-Arenal, F. Rodríguez-Mediano y R. El Hour, *Cartas marruecas* [Madrid: CSIC, 2002], p. 39), o como el ahora recuperado manuscrito del *Intérprete arábigo*, redactado a comienzos del siglo XVIII por el franciscano Bernardino González (Madrid: Real Academia de la Historia-AECI), que ni tuvieron alcance ni ofrecían un repertorio del léxico árabe suficiente para atender a las necesidades de estudiosos y traductores. Aquella primera edición del diccionario árabe-español del Profesor Corriente ofrecía ya una compilación de las palabras del árabe en su registro culto en distintos estadios históricos de la lengua, válida pues para abastecer al usuario del árabe como lengua extranjera que quisiera acercarse a realizaciones, sobre todo textuales, emitidas tanto

en la Edad Media como en la actualidad. Y, desde el punto de vista práctico, contaba con el inconveniente menor de su tipografía y diseño, que hacían arduo el uso del diccionario a los principiantes.

Esas dificultades secundarias de cara a la consulta del diccionario han quedado satisfactoriamente resultas en esta segunda edición, donde el paradigma léxico árabe aparece estructurado y sus unidades confrontadas a las equivalencias españolas propuestas, con extrema claridad. A estas mejoras de orden formal de la nueva versión del diccionario, ahora en coautoría con el Profesor Ferrando, que afectan a muy distintos aspectos; se une la necesaria ampliación del léxico para incluir los neologismos surgidos con la presión de los años (*cfr.* «internet» en la entrada de \**abaka*), y ciertas decisiones sobre la presentación de los materiales que juzgo en extremo acertadas. Así, al igual que ya ocurría en el *Diccionario de árabe culto moderno, árabe-español* (Madrid: Gredos, 1996), de Julio Cortés, el libro se presenta como uno concebido desde la perspectiva de las lenguas que se escriben de izquierda a derecha, de modo que la paginación es la inversa a la seguida en libros árabes. Y, por otra parte, se adopta aquí también el modelo, difundido sobre todo por la versión inglesa del diccionario bilingüe de Hans Wehr (*A Dictionary of Modern Written Arabic*, editado por J. Milton Cowan [Beirut-Londres: Librairie du Liban-Macdonald & Evans], a partir de 1961 en la versión alemana), en virtud del cual cada entrada se ofrece tal como suele aparecer en árabe, sin los signos diacríticos añadidos correspondientes a las vocales breves, a la geminación, la implosión, etc.; siendo ello compensado por una transliteración a caracteres latinos de cada palabra ofrecida entre paréntesis. Esta última medida me parece uno de los múltiples aciertos del diccionario; pues no acostumbra mal a quien se inicia en la lengua árabe, que habrá de enfrentarse tarde o temprano a textos sin mociones, pero permite la consulta a principiantes con conocimientos rudimentarios que deseen acercarse al léxico árabe sin dominio de la grafía, la fonética y la fonología árabes. Así se abre la puerta a interesados en el árabe desde la investigación en la historia del medievo, de las religiones o de la lengua española.

En 2005, coincidiendo con la publicación de esta segunda edición del diccionario, se han producido dos efemérides. Por una parte, ha estado el 65 aniversario del Profesor Corriente, que ha dado lugar a un homenaje académico (*Sacrum Arabo-Semiticum*, editado por Jordi Agudé, Ángeles Vicente y Leila Abu-Shams [Zaragoza: Instituto de

Estudios Islámicos y del Próximo Oriente, 2005]), que debiera prolongarse a medios culturales más amplios que los de la alta investigación. Al fin y al cabo estamos hablando no solamente del pionero en la lexicografía general bilingüe árabe-español, sino de quien, asimismo, ofreció, por vez primera de modo sistemático y científico en español, una *Gramática árabe* (Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1980, y posteriormente, Barcelona: Herder). Y de quien ha mostrado maestría en los tres campos de la traducción del árabe: la literatura clásica oriental, bajo la forma de la casida (*Las muḥallaqāt* [Madrid: Instituto Hispano-Árabe, 1974]); de la poesía estrófica andalusí (Ibn Quzmān, *Cancionero andalusí* [Madrid: Hiperión, 1989]); las fuentes medievales (*Crónica de los emires Al-ḥakam I y Abdarraḥmān II entre los años 796 y 847 [Almuqtabis II]*, en colaboración con el Profesor Maḥmūd al-Makkī [Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, 2001], o la literatura contemporánea (Tawfiq al-ʿakīm, *El despertar de un pueblo* [Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1968]). Y de quien, sin tratar de agotar su obra y refiriéndome a los campos más cercanos al del libro comentado, ha contribuido de manera decisiva al repertorio y explicación de los arabismos en lenguas hispánicas (*Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance* [Madrid: Gredos, 1999]). Y de quien, además, ha realizado la obra monumental de «arqueología lingüística» gracias a la cual contamos con una descripción de las hablas dialectales andalusíes (entre otras muchas, pienso en *Árabe andalusí y lenguas romances* [Madrid: Mapfre, 1992], y *A Dictionary of Andalusí Arabic* [Leiden: Brill, 1997]), en una reconstrucción de la principal manifestación de un pueblo extinto y con evidentes consecuencias en nuestro patrimonio cultural, de una magnitud de la que aún no hay consciencia en medios no especializados.

Pero he dicho que en 2005 se cumplían dos efemérides. La segunda es un milenario aproximado, ya que en torno a 1005 murió Ibn Fāris, el humanista y filólogo asociado a las elites buwayhíes (o buyíes) de Iraq e Irán, que, además de difundir la noción de un «canon de la lengua árabe» (*fiqh al-luḥa al-ʿara-biyya*), fue autor de dos grandes diccionarios, *Muḥmal al-luḥa* y, especialmente, *Maqāyis al-luḥa*. En este segundo monumento lexicográfico Ibn Fāris plasmó definitivamente la idea de que el léxico del árabe constituía una gran estructura de rigurosa coherencia interna, y compuesta por las estructuras no menos precisas de las raíces en las que se integran las unidades léxicas; todo ello, según la visión de Ibn Fāris, era

necesario examinarlo e incluso aprenderlo de memoria, tanto con el fin de acceder a un dominio intelectual –enciclopédico– de la realidad como a acceder al conocimiento profundo del libro escrito por Dios que es el mundo. Y hay, en efecto, buenos motivos para pensar que tanto *Maqāṣ al-luṭa* como el otro y primer gran hito de la lexicografía árabe medieval, el *Kitāb al-ʿAyn* de al-Ḥalī, respondían a una visión religiosa de las ciencias del lenguaje. Ello, sin embargo, no impidió que los grandes logros técnicos de la lingüística árabe medieval pudieran trasvasarse a otros ámbitos culturales o religiosos, de lo que es prueba la filología, la gramática y los estudios léxicos desarrollados en torno al hebreo desde la Edad Media (cfr. Ángel Sáenz-Badillos, “El contacto intelectual de musulmanes y judíos: gramática y exégesis”, en Maribel Fierro (ed.), *Judíos y musulmanes en al-Andalus y el Magreb: contactos intelectuales* [Madrid: Casa de Velázquez, 2002], pp. 29-58).

Otra prueba de ello es precisamente que, en nuestros diccionarios actuales, incluidos los bilingües de equivalencias, como este de los Profesores Corriente y Ferrando, siga pesando la visión de la lengua árabe mantenida por Ibn Fāris y otros lingüistas, sobre todo, de los siglos IV-V h./X-XI d.C. Un caso concreto de esta influencia es la ordenación por raíces de la materia léxica, que obliga a los usuarios del diccionario a tener conocimientos sólidos de fonología y morfología árabes. No obstante, la finalidad de nuestros diccionarios no es dar cuenta de la analogía querida por Dios que reina en el léxico, como reflejo actualizador de la creación, ni sus autores escriben pensando que alguien vaya a leer y estudiar una tras otra las entradas del diccionario. Por el contrario, nuestras obras lexicográficas están concebidas para su consulta, y solamente en casos excepcionales y muy especializados se registrarán casos de lectura continuada de largos fragmentos del libro. Pues bien, todo indica que esta nueva edición del «diccionario de Corriente», como se ha conocido coloquialmente hasta ahora, cumple a la perfección con esos requisitos de orden funcional y práctico partiendo, como ya partía la primera edición, de una labor de recogida de materiales en obras previas, realizada, por supuesto, con el máximo rigor y eficacia.

Dado que quien firma estas líneas se dedica a la enseñanza del árabe y, especialmente, de la traducción del árabe en la universidad, puedo añadir que la solución de las dificultades prácticas que podía ofrecer la anterior edición se han resuelto satisfactoriamente. En cuanto a la actividad de investigadores y traductores, basta con dejar

constancia de que nos estamos refiriendo a un instrumento de trabajo que debería estar ya en las mesas (no digo las estanterías) de todos los que, en nuestro ámbito lingüístico, tienen la lengua árabe como fuente o instrumento de saber. Me atrevería, no obstante, a solicitar desde aquí a la editorial que, en la segunda edición, y para completar una presentación cercana a lo deseable hasta en sus menores detalles, cuide el papel y la reproducción de los tipos de modo que se eliminen al máximo las «transparencias», muy tenues, eso sí, de una cara del papel en la otra.

En la sobrecubierta del libro se añade un subtítulo: *Tomo I: árabe-español*. Imagino que eso implica un segundo tomo, para la combinación inversa. Lo deseable sería que la serie continuara con obras especializadas para sectores específicos de la lengua (por campos de actividad o épocas: árabe cristiano, coránico, de las ciencias islámicas, de la mística, de ciencias políticas, etc.), con las necesarias obras acerca de fraseología y con un diccionario «de producción» (concebido no tanto para el lector como para el escritor en una lengua segunda). No sé si el propio título del libro, donde se añade el desconcertante epíteto de «avanzado» (*Diccionario avanzado árabe*) indica que éste se integra en una serie donde tal vez hemos de esperar alguna obra para estudiantes. Esto, que no se aclare el sentido del título ni se indique el método seguido en la confección del léxico, sobre todo los neologismos, es, desde mi punto de vista la única debilidad del trabajo. Me pregunto si no habría sido mejor hablar de «árabe general» para dar cuenta de la flexibilidad del instrumento para toda clase de textos árabes; o de árabe «estándar» o «culto», para anunciar que la obra se restringe a los registros elevados de la lengua. Creo que algo se me escapa en la justificación del título, algo de importancia muy secundaria en esta obra cuya aparición nos debe alegrar a todos. Incluso hay pocos motivos para preocuparse respecto a la aparición futura de esas obras más especializadas en materia lexicográfica: el Profesor Corriente ha puesto las bases más sólidas que podía concebirse para que sus discípulos o continuadores, como el propio Profesor Ferrando, amplíen la labor.

SALVADOR PEÑA MARTÍN  
Universidad de Málaga